



# ADAM SMITH

## O LOS ORIGENES DEL LIBERALISMO MORAL

ADAM Smith nació hace doscientos cincuenta años (se supone: no hay más rastro que una partida de nacimiento del mes de junio de 1723), y la efemérides se ha celebrado en su pueblo natal (Kirkcaldy, en Escocia) con una serie de actos a los que han acudido «banqueros, industriales, sindicalistas, economistas y políticos del mundo entero», dice la prensa británica, para conmemorar al que se considera como fundador del capitalismo y del liberalismo moderno. Las monografías y los discursos, juzgando por esas recensiones, han tendido a acentuar el carácter profético de las ideas originales, mediante alguna hábil adaptación, y al oscurecimiento que es de rigor en nuestro lenguaje actual. Tal voz los huesecillos que quedan de Adam Smith —muerto en 1790— se hubieran estremeado de horror, si les hubiese quedado capacidad de entendimiento, al contemplar el mundo moderno que en alguna parte —y en ese acto— se le atribuye.

Adam Smith es un testigo de la «black England», la Inglaterra negra, industrial, que sucede a la «old merry England», al viejo y alegre país. Cuando empieza a estudiar en Glasgow, y luego en Oxford, se vive en el triunfo del espíritu crítico sobre el espíritu de autoridad y sobre las grandes crisis de «Siglo de las Luces». Los grandes descubrimientos del siglo anterior se inscriben ya en las nuevas formas de pensamiento (la circulación de la sangre, de Harvey; la subordinación de la tierra al Sol, de Kepler y Galileo; el humanismo activo). De todo ello, Locke extrae la noción de los derechos del individuo, el optimismo del progreso. Todo ello envuelto por los primeros humos de la máquina de vapor.

Contemporáneo de Adam Smith —si no coetáneo— son Montesquieu, quien preconiza la sustitución de la monarquía absoluta por la constitucional como garantía de los derechos y las libertades individuales y la separación de poderes; Rousseau, idealista de la democracia que da el poder absoluto al pueblo; Quesnay, como cabeza visible de la fisiocracia. La obra capital de Adam Smith, «La riqueza de las naciones» («An enquiry into the wealth of nations») se publica en 1776. El «Contrato social», de Rousseau, es de 1762; el «Espíritu de las leyes», de Montesquieu, de 1748.

En realidad, «La riqueza de las naciones» es una recopilación de los cursos de Adam Smith en la Universidad de Glasgow. Su cátedra era la de Filosofía Moral. Adam Smith encontró que mientras el mundo de la ciencia y de las ideas se encontraba en un punto determinado, la organización de la sociedad estaba bastante más atrás: «Las leyes continúan en vigor frecuentemente mucho después de haber desaparecido las circunstancias que las motivaron, y que constituyen sus únicas razones justificativas»: concibió entonces que el momento presente está formado simultáneamente por la convivencia de esos vestigios que con-

forman la organización social y por las nuevas aportaciones del progreso que dan un tono contradictorio a la circunstancia de cada día, idea notablemente adelantada para su época, no muy lejana a algunas aplicaciones del estructuralismo actual, y no bien comprendida todavía. A partir de ahí, el desarrollo general de las ideas de Adam Smith se centra en que no hay fatalidad, no hay leyes, no hay ciencia económica, sino que costumbres e instituciones, combinaciones de empleadores y empleados, acción industrial, división del trabajo y acción del Estado son elementos que se interfieren continuamente y se modifican sin cesar, dando un aspecto adecuado a las circunstancias y a las políticas, hasta el punto de que no hay ninguna política definitiva, ninguna que tenga un valor absoluto y pueda ser aplicada siempre, y la economía no se puede separar de los valores políticos y morales de su momento. El cuadro que puede aparecer en cada momento de la Historia está «como dirigido por una mano invisible». Un cierto abuso ha sobrevenido después: el de pretender que esa mano invisible era una representación de la Naturaleza y la idea de que el «laissez faire» suponía una abstención absoluta en la dirección de los asuntos públicos. Adam Smith advirtió ya que un cierto dirigismo era necesario para evitar «que el ejercicio de la libertad natural ejercida por unos pocos individuos pueda poner en peligro la seguridad de la sociedad entera». La idea de la Naturaleza que comenzaba a tenerse entonces, y que se consagró con los tratados políticos y filosóficos en torno a los descubrimientos de Darwin y otros, era la de «la lucha por la vida» y «la supervivencia de los mejores», que, con cierto scarreo religioso —algo del judaísmo, algo del puritanismo, con la idea de que el triunfo y, por consiguiente, el dominio y el dinero, son premios divinos a los elegidos— es lo que iba a desviar luego el liberalismo de Adam Smith, que tenía otra moral. La intervención estatal en la dirección de la productividad, de las empresas y del empleo del capital que Adam Smith combatía, era exactamente la que procedía del vestigio de las leyes feudales, de las leyes «que continuaban en vigor después de pasadas las circunstancias que las determinaron». Pero la misma desconfianza que Adam Smith sentía hacia un poder de estructura feudal, la sentía hacia el capitalista: «El interés de los que negocian en una rama particular del comercio o industria es siempre por algunos conceptos distintos del del público, y aun opuesto al mismo. Debería oírse siempre con la mayor precaución toda propuesta de cualquier ley nueva o regulación del comercio que provenga de esta clase de hombres, procurando no adoptarla nunca, sino después de largo y receloso examen». Al mismo tiempo, no parecía nada inclinado al desarrollo del espíritu de lucro, lo

cual se le ha atribuido después erróneamente. Por el contrario, creía que los beneficios debían ser iguales, o prácticamente iguales, y que de ello se obtendrían ventajas para la nación.

No admitía la existencia de pobres. Por el contrario, pretendía la promoción inmediata de las clases bajas, «Sirvientes, labradoras, obreros de todas clases, forman la parte mayor de toda gran sociedad política. Pero lo que mejora las circunstancias de la mayor parte, nunca puede ser considerado como no conveniente para el todo. No puede haber sociedad floreciente y feliz si su mayor parte está formada por pobres y miserables». Naturalmente, la forma inmediata de mejorar esta gran mayoría es la de la elevación de salarios, porque «el producto del trabajo constituye la recompensa natural o salario de los trabajadores». Nótese bien que dice «el producto del trabajo»; es decir, que el obrero no ha de ser recompensado con un salario de subsistencia —idea posterior del capitalismo—, ni siquiera «que cubra todas sus necesidades», según cierto desarrollo, sino a percibir por entero el producto de su trabajo. Lo aclarará más: «El producto entero del trabajo pertenece al trabajador mismo, que no tiene amo ni propietario con quien compartirlo», y aún más: «La propiedad que todos los hombres tienen de su propio trabajo, así como es el fundamento primero de toda propiedad, así es también la más sagrada e inviolable». Advertimos, de todas maneras, que en el concepto de Adam Smith, trabajador no es solamente obrero o labrador, sino todo aquel que trabaja en cualquier profesión, cargo u oficio, y que, por lo tanto, el nivel de beneficios debe estar en relación al producto de su trabajo, o a la importancia —digamos— de su trabajo. Lo que no admite jamás es que alguien se beneficie del trabajo de los otros; no acepta «el aumento no ganado». Es decir, lo que más tarde se llamará la plus valía.

El desarrollo de esta idea le lleva más lejos. Naturalmente, las clases «pobres y miserables» dejarán de serlo, pero no sólo porque se les reverta íntegro el producto de su trabajo, sino porque se cambien las leyes que permiten la explotación (crítica de desigualdad de las leyes elaboradas por las «combinaciones de amos [masters]», por una amplia ley de educación de todos, que abarque a todos por igual, y que sea «universal y obligatoria»; pero nunca con la intención de acrecentar la eficacia del obrero en el trabajo, sino para mejorar «la dignidad y valor» del ser humano. En la idea de valor llega muy lejos. Entiende que el Ejército debe sufrir una reforma, para que se convierta no solamente en instrumento de defensa, sino para mejorar la condición humana del soldado y curarle de «la cobardía, enfermedad tan denigrante como la lepra». Considerar esta idea como precursora de las de Mao Tse-tung como promotor de un ejército-

escuela del pueblo, será, desde luego, ir demasiado lejos. Continuando su desarrollo del producto del trabajo, Adam Smith llega a una singular enemistad para el colonialismo. Irlanda debería formar parte integrante de Gran Bretaña en condiciones de igualdad, como lo estaba ya Escocia: «Irlanda ganaría, además de la libertad de comercio, otras ventajas mucho más importantes, y que compensaran con creces cualquier aumento de tributos que pudiera acompañar a esa medida». Con colonias más lejanas, como la India, era algo más lejano. Pretendía que la India debería ser dejada a su propio desarrollo, y pagaría a Gran Bretaña los tributos correspondientes a su ayuda (es decir, Gran Bretaña trabajaba en la India y debía recibir solamente el producto de su trabajo), y hasta llegaba a suponer que «el monopolio del comercio colonial, al elevar el tipo general de beneficio, había afectado desfavorablemente los intereses de la nación y hasta los particulares de las tres clases que componen aquélla: obreros, capitalistas y propietarios (de tierras)».

En ningún caso aparece en la obra de Adam Smith una defensa del lucro, de la acumulación de riquezas, del capitalismo. Por el contrario, están siempre contrapuestos los valores morales. «La justicia aventaja en importancia a la opulencia», y si el hombre debe estar en libertad para buscar su propio desarrollo, su interés o su comodidad en la forma que le parezca, siempre será «en tanto no quebrante las leyes de la justicia».

Las ideas de Adam Smith fueron prontamente deformadas. Las dirigió Ricardo (David Ricardo, hijo de un judío holandés emigrado que entró en el mundo de la Bolsa a los catorce años y a los veintuno era multimillonario; carecía de los estudios humanísticos de Adam Smith y su única obsesión era el dinero) (1), las divulgó John Stuart Mill, más en la línea de Ricardo que en la de Smith, y se fueron ya por el camino que se sabe, hasta la aberración del sistema en vigor en los Estados Unidos.

Otra línea del pensamiento de Adam Smith se fue por las aportaciones de Malthus, por las de Godwin, personaje de un socialismo contradictorio; influyeron notablemente en Owen y en su fundación de una nueva utopía; en Juan Francisco Bray, precursor de Marx en alguna forma. Es decir, en la línea más pura de Adam Smith, y no en la pervertida por Ricardo. Que en ningún caso autorizan a repetir, como se hace en los manuales, como se hace en los actos conmemorativos de estos días, que «La riqueza de las naciones» o los otros libros del fundador del liberalismo moral e igualitario sean «la Biblia del capitalismo». ■ E. H. T.

(1) Acaba de aparecer la nueva edición del texto clásico «Principios de economía política y tributación», de David Ricardo (Editorial Ayuso), prologado por Manuel Román.